

buye casi la totalidad de este suceso á los católicos, y los inculpa gravemente de por junto con sus sacerdotes. El doctor Caulfield, obispo de Leighlin, le ha contestado en su nombre y en el del clero, en un escrito, cuyo tono decoroso y moderado contrasta con la acrimonia é invectivas del baronet, el cual tuvo la mortificacion de ver censuradas sus *Memorias* por los mismos protestantes. El marqués Cornwallis, á quien habia dedicado su obra, le escribió á fin de inducirlo á que suprimiese la epístola dedicatoria, habida razon de que no queria autorizar con su nombre un libro que tendia á exasperar los ánimos. El dictamen de la comision de la cámara de los comunes de Irlanda enuncia formalmente que la revuelta no tenia en realidad por objeto ni la emancipacion de los católicos, ni la reforma parlamentaria, sino la subversion del gobierno, y la formacion de una democracia, fundada en la abolicion de los rangos, en la confiscacion de las propiedades y en la supresion de todo establecimiento religioso. Este documento es el que nos ha servido de pauta principal en la redaccion del presente artículo. Tambien hallamos en los debates del parlamento de Inglaterra en 1805, un testimonio que justifica á los católicos irlandeses. El lord Limmerick, irlandés, confiesa en él categóricamente que la revolucion de 1798, no era una revolucion católica, y que muchos de sus gefes eran protestantes. En efecto, Hamilton Rowan, el predicador Jackson, Napper Tandy, lord

Eduardo Fitzgerald, O'Connor, Bagnal Harvey, general que fué de los insurreccionados, Colclough, etc., pertenecian todos ó á los anglicanos ó á los presbiterianos, los últimos de los cuales dominaban en el norte de la Irlanda, donde estuvo el foco de la revuelta. Los que formaron su plan fueron republicanos; en cuanto á los católicos tanto propietarios como los regularmente acomodados, fueron poquísimos los que tomaron parte en dicha insurreccion; al contrario todos fueron á alistarse bajo las banderas del gobierno.

## 1799.

— El 27 de marzo, Pio VI es arrebatado del convento de cartujos cerca de Florencia. El gefe de la Iglesia gozaba todavía en este destierro de una sombra de tranquilidad que chocaba á sus opresores. Gustaba, en medio de sus desgracias, el consuelo de ver almas sensibles en su suerte. Muchos prelados le hicieron ofrecimientos que tuvo la generosidad de rehusar. No teniendo ya renta alguna, no recibiendo nada del Directorio que le habia despojado, no quiso sin embargo aceptar mas que los beneficios de los príncipes soberanos. Algunas cortes se apresuraron á subvenir á sus necesidades. Sobre todo el rey de España se mostró sumamente sensible á su situacion. Habíale en-

9.



viado ya al cardenal Lorenzana, arzobispo de Toledo, con otros dos prelados, los señores Despuig y Muzquiz, para manifestarle la parte que tomaba en su desgracia. Quiso que el cardenal continuase residiendo cerca de él en su destierro, y le prodigó los consuelos que estaban en su poder. Los enemigos de la religion se irritaron de ver al desgraciado pontífice recoger aun algunas débiles reparaciones de tantos sentimientos, y encendiéndose la guerra en la Italia, resolvieron quitarle la esperanza de ser libertado de sus manos. El 27 de marzo se le hizo salir de la Cartuja, y fué conducido á Bolonia, despues á Parma, á donde vino á visitarle el infante duque. Allí no pasó mas que algunos dias. Se le dió en esta ciudad un nuevo motivo de sentimiento separándole del cardenal Lorenzana que le habia siempre seguido, y cuya presencia y conversaciones suavizaban los rigores de su suerte. Hiciéronle tomar el camino de Turin. Se componia su séquito de su maestro de Cámara, el prelado Caracciolo; de los prelados Spina, arzobispo de Corinto; Marotti, secretario; Calvesi é Morelli, camareros; Fantini, confesor; los PP. Baldanari y Pio de Placencia, y de un médico. En Borgo-san-Donnino vió al cardenal Valenti Gonzaga; en Crescentino al cardenal Martiniana, obispo de Vercelles; mas no tuvo el consuelo de ver al sabio y pio cardenal Gerdil, que á la sazón se hallaba en el Piamonte, y fué engañado sobre el momento de su pasage. El Papa no volvió á en-

contrar despues á miembros del sacro colegio. Durante esta travesía estuvo espuesto á toda suerte de incomodidades, viajando en todo tiempo, no sabiendo jamas á donde se le llevaba, no encontrando nada para recibirle. Las órdenes para la partida llegaban repentinamente, y se ejecutaban del mismo modo. Todas sus acciones eran espíasdas. Parecia que habian tomado á empeño *cansar* tambien su *paciencia*. Sus guardias se irritaban frecuentemente viendo el concurso que atraía el tránsito del santo Padre, y el pueblo que se apresuraba á rendirle sus homenajes y recibir su bendicion; y la impiedad se indignaba de no haber podido aun extinguir en todos los corazones los sentimientos de interés, de respeto y de veneracion que inspiraba este anciano, este soberano, este pontífice, esta cabeza de la Iglesia, despojado, proscrito, cautivo y arrastrado de destierro en destierro. El mes de mayo se encontró el Papa en Francia. Habiendo llegado á Brianzon fué alojado en una casa pobre é incómoda; pero la opresion que experimentaba era aun nada en comparacion del sentimiento que se le procuró, separándole de muchos fieles compañeros de su desgracia. Los prelados Caracciolo, Spina y Marotti, los PP. Baldasari y Pio de Placencia, y algunos otros de su séquito fueron enviados á Grenoble. Pio VI jamas manifestó mas sensibilidad que en esta circunstancia dolorosa. Hacia tres semanas que se le habia dado este nuevo motivo de pena, cuando llegó



una orden de trasladarle á Valencia. En vano los médicos dieron cuenta del mal estado de su salud; fué preciso partir: condújosele por Embrun, Gap y Grenoble. Allí por lo menos volvió á encontrar á los prelados y religiosos de quienes se le habia separado. Su entrada en esta última ciudad tuvo casi el aire de un triunfo: el pueblo corría al lugar por donde pasaba, queria acercársele, verle, recibir su bendicion; y el pontífice debió observar con algun consuelo que la filosofía no habia aun desecado todos los corazones. Encontró tambien en esta ciudad al señor Labrador, que el rey Carlos IV le enviaba para tener parte en su destierro, y suavizar su amargura. A este debió su reunion con los de su comitiva, de los que se le habia privado. El 14 de julio llegó á Valencia.

— El 27 de junio, concede el cardenal Ruffo una capitulacion á los patriotas napolitanos. Mas de seis meses habia que el reino de Nápoles se hallaba sumergido en todos los desórdenes y todos los furrores que traen consigo las revoluciones; pero su origen databa de mucho mas lejos. Los escritos filosóficos y las máximas republicanas habian encontrado en este pais numerosos partidarios. La imprudencia de un ministro acreditado, sus reformas religiosas, sus pendencias con la corte de Roma, la proteccion que habia dispensado á las nuevas opiniones, habia derramado aquellos escritos y aquellas máximas por todas las clases del pueblo napolitano. Cabezas ardientes aspiraban tambien á

la libertad, y en 1791 y 95 hubo algunas conspiraciones en este último sentido. Prendióse á muchos individuos, y estos se refugiaron en Francia. El rey de Nápoles habia hecho la paz con esta nacion; pero harto es sabido que la paz con este último gobierno no era sino un medio de suscitar nuevos disturbios en los Estados vecinos. Sus embajadores estaban encargados de favorecer el partido popular, y el que se habia enviado á Nápoles tenia especial mision de proteger á los descontentos del pais. El rey, á quien enseñaba lo que debia esperar por el ejemplo del rey de Cerdeña, del gran duque de Toscana y de otros muchos príncipes, hizo preparativos para una guerra que consideraba todavía mas segura que la paz. El 22 de noviembre de 1798 entraron sus tropas en los Estados de la Iglesia, y obtuvieron al principio algunas ventajas. Daba á entender que solo era su intento volver Roma á su soberano legítimo; mas no tuvo tiempo para realizar su promesa. Despues de haber entrado pomposamente en la metrópoli del mundo cristiano, á 29 de noviembre, se vió en la precision de huir algunos dias despues, y ni siquiera pudo permanecer tranquilo en Nápoles. A 1º de enero de 1799 se refugió en unos navíos ingleses, que le condujeron á Sicilia. Cayó Roma en poder de los Franceses, los cuales se avanzaron hácia el reino de Nápoles, donde tenian ya secretas inteligencias. Declárase un partido en su favor en el seno mismo de la capital: Nápoles queda entregada á los desór-



denes de la anarquía, y los *lazzaroni* van degollando é incendiando cuanto es objeto de su furor. En semejante estado de cosas se juzgó como un gran bien la entrada de los Franceses, acaecida á 23 de enero. Buen cuidado tuvieron estos de organizar sobre la marcha en ella el gobierno republicano; por ser este el objeto y resultado ordinario de todas sus conquistas. Declaróse á Fernando *tirano y enemigo público*. Sin embargo las provincias no aprobaban unánimemente tan notable mudanza, y los Calabreses se sublevaron escitados con ardor por el cardenal Ruffo; su rango en la Iglesia, el cual le debia haber alejado de los combates, le hacia mas propio para formarse un partido en el pueblo dispuesto á reverenciar su influencia. Por otra parte su familia tenia vastas posesiones en la Calabria. Como sea enarboló la cruz blanca, escribió á los obispos, escitó á los curas, y hasta se dice que recurrió á la influencia de la excomunion. A beneficio de semejantes medios engrosó su ejército, ganó terreno, exigió contribuciones, y esparció el terror entre los patriotas. Aseginóse á la sazón á Serrao, obispo de Potenza, el cual parece que habia sonreido á la presencia de la revolucion, y que no se habia manifestado mas adicto á su soberano que á la santa Sede. Algunos otros obispos, aunque en reducido número, se habian apresurado tambien, por abundar en los mismos sentimientos, en declararse partidarios del nuevo orden de cosas. En el mes de mayo, ha-

biendo tenido noticia de la derrota de los suyos en la alta Italia, el general francés, que mandaba en Nápoles, evacuó el reino, y era de creer que su partida hubiese repuesto la autoridad real. Mas las ideas republicanas habian fermentado en demasiadas cabezas; y entregados los Napolitanos á un espíritu de vértigo, se creyeron afortunados al verse libres á la vez de los Franceses y del príncipe que reinaba. De aquí es que organizaron un gobierno patriótico; publicaron periódicos, tuvieron clubs, y no les faltaron arengadores. Caíaseles de la boca la felicidad de haber conseguido una democracia pura. Un monge, llamado Ciccone, quedó encargado de democratizar á los *lazzaroni*, lo que, á la verdad, no debia ser difícil. Un tal P. Benoni, franciscano de Boloña, tergiversaba el Evangelio para aplicarlo mas adecuadamente á los principios populares. El cardenal Capece Zurlo, arzobispo de Nápoles, publicó una Carta pastoral para reconocer el nuevo gobierno, y responder á las nuevas proclamas del cardenal Ruffo. Su avanzadísima edad podia escusarle este paso, pues pasaba ya de los noventa. Mostráronse ardientemente celosos por la república los obispos Noel y de la Torre; de igual entusiasmo participaba la alta nobleza, y hacia donativos. Levantáronse ejércitos para oponer un dique á los progresos del cardenal Ruffo, el cual, despues de haber batido á los republicanos, se presentó en Nápoles á 11 de julio. Trabáronse varios encuentros hasta en la misma ciudad, la cual



se vió por fin en la precision de rendirse. El cardenal concedió á los patriotas una capitulacion, en virtud de la cual debian quedar embarcados y ser deportados á Marsella. Abasteciéronlos de embarcaciones, á cuyo bordo pasaron, y muchos partieron en efecto. Mas habiendo llegado el rey de Sicilia en la rada durante estas escenas, detuvo la partida de las demas embarcaciones, anuló la capitulacion, porque él no la habia sancionado, y dió indicios desde luego de las mas severas medidas. Háse creído que un personage poderoso, el cual ya no existe, le habia aconsejado tal conducta. Terrible fué la reaccion, y los desastres de Nápoles han resonado en toda la Europa. Vanamente imploraron los patriotas el socorro de la Inglaterra, la cual habia salido garante de la capitulacion. Nelson, que hubiese podido hacerse escuchar, cedió á ciertas sugerencias poco honrosas, y sus compatriotas le han echado en cara en tal ocasion una debilidad que ellos juzgaban vergonzosa para ellos y para él. Dióse principio á las prisiones y á los suplicios, organizóse una junta, y se asegura que condenó diariamente mas de trescientas personas; escitóse al populacho á los asesinatos y al saqueo, y se ahorcó á una infinidad de patriotas sin mas forma de proceso. El obispo de Vico, los dos religiosos Belloni y Pistici, Vicente Troisi, limosnero del gobierno, y otros eclesiásticos y religiosos, sufrieron todos la muerte. Numerosa era la lista que se publicó de los proscritos, cuyos bienes habian sido confiscados. Sigui-

ron las provincias el ejemplo de la capital. Es muy justo creer que el soberano ignoraba estas escenas crueles, y que él no quiso castigar sino á algunos de los mas culpables, mientras que en estas sangrientas represalias anduvieron envueltos gran número de inocentes. Apenas volvió á sentarse en el pontificado Pio VII, escribió á Fernando, haciéndole reflexiones sobre este sistema de rigor, y descargó sus censuras contra el obispo de Capua, el sufragante de Nápoles, y á otros tres prelados que habian cooperado á estos decretos terribles.

— El 29 de agosto, muerte de Pio VI. Después de seis semanas del arribo del Papa á Valencia era custodiado con el mayor cuidado. Prisionero en la ciudadela no se le podia hablar sino en presencia de testigos. Pasaba sus dias en oracion, en lecturas piadosas, y en sociedad con los compañeros de su desgracia. El señor Labrador, ministro de España, iba todos los dias á hacerle una visita. El santo Padre, cuyas enfermedades iban siempre en aumento, y cuya salud habian acabado de alterar tantos viages y penas, esperaba á lo menos acabar en Valencia una vida cuyo término sentia que no estaba distante, cuando el 4 de agosto una resolucion del Directorio ordenó trasladarlo á Dijon, pero á sus espensas, y con orden de no detenerse pasando por Leon. ¿Quién podria dar razon de un encarnizamiento tan obstinado y bárbaro? No se pudo ejecutar la orden. Los males de Pio VI habian llegado á su col-



mo. La parte inferior de su cuerpo estaba paralizada. El 19 de agosto le dió un vómito, y cayó sin conocimiento. Vuelto á sí, pidió á su confesor, y se dispuso para los últimos sacramentos. Mucho tiempo hacia que su vida era una preparacion continua, y tantos sufrimientos de cuerpo y alma habian acabado de purificar esta alma piadosa. El 27 de agosto monseñor Spina, arzobispo de Corinto, le administró los santos sacramentos. El Papa se hizo revestir de sus ornamentos pontificales, y quiso que se le sacase de su cama. Hizo su profesion de fe, rogó por la Iglesia, y declaró que perdonaba á sus enemigos. El 21 recibió la extrema-uncion con nuevas señales de piedad, hizo un codicilo en favor de las personas de su comitiva, les dió su bendicion, se despidió de ellos con la mayor ternura, é hizo que recitasen las oraciones de los agonizantes, á los que se juntó él mismo: murió pacíficamente el 29 de agosto á la una y veinticinco minutos de la mañana, en la edad de ochenta y uno años, ocho meses y dos dias, y despues de veinticuatro años, seis meses y catorce dias de pontificado. Su cuerpo fué embalsamado y puesto en una caja de plomo. Sus entrañas fueron depositadas á parte para reunir las á las de sus predecesores que se conservan en una Iglesia de Roma. Tal fué el fin de este Papa virtuoso, destinado á tantos reveses, sucesivamente espuesto á los embrollos de soberanos engañados, y á los furores de republicanos impíos; y en sus desgracias modelo de

moderacion, de valor y de resignacion. Mucha dignidad y afabilidad al mismo tiempo, una vida arreglada, una administracion equitativa; firmeza en las mas difíciles pruebas; tales fueron sus principales calidades. Este fué el primer ejemplo que se tuvo desde muchos siglos de un Papa fallecido en el destierro. Celebráronse en todas las Iglesias católicas las exequias del pontífice, sin que se dejase de hacer su elogio hasta en la misma Londres y Petersburgo. Por lo demas, el encono de sus perseguidores sobrevivió á sus últimos momentos. Habia el Papa dejado á los que le habian seguido todo lo que le quedaba, esto es su guardaropa. Disputáronles esta preciosa joya de la memoria de su señor, y se volvieron la mayor parte á Italia sin haber obtenido nada. Habiendo reinado Pio VI veinticuatro años, seis meses y catorce dias, de suerte que pocos Papas han ocupado el trono por espacio de tanto tiempo. Creó sesenta y dos cardenales é hizo veinticinco promociones. Los mas conocidos son Leonardo Antoneli, prelado celoso y sabio, muerto siendo decano del sacro colegio; Andres Giovannetti, arzobispo de Boloña, camaldulense, buen teólogo, lleno de caridad para con los pobres, el cual, habiendo permanecido en su destino, cuando la invasion de los Franceses, supo grangearse su estimacion. Jacinto Sigismundo Gerdil, del cual hablaremos mas estensamente en otra parte. Gregorio Bernabe Chiaramonte, soberano Pontífice en el día. Muzio Gallo, obispo de